

Sainz de Robles puede decir justificadamente: «Las fuerzas instintivas que le mueven y le conmueven parecen irreprimibles y surgen a borbotones, a caños, a oleadas.» Ese lenguaje es ya el que su amigo, Luis Cernuda, comenta diciendo que «es difícil pensar al leerle que el lenguaje con que nos habla sea el mismo filtrado por los siglos de tantos poetas anteriores».

En ese lenguaje, que se va haciendo más puro y sencillo a través de los diferentes tomos, se deja sentir increíble proporción y equilibrio. Hace surgir en el lector la impresión de tumultuosa abundancia y riqueza; empero, y de una manera casi inexplicable, al leer sus versos, tenemos la impresión, y casi hasta la convicción, de que Aleixandre es parco. Es también Cernuda el que ha dado con la clave del secreto: «Curioso es en la obra de Aleixandre el contraste entre un impulso elemental hacia las cosas y una percepción abstracta de las mismas. Casi todo, árbol y flor, animal y hombre se nos aparece allí despojado de apariencias concretas, y es la idea de las cosas, sus símbolos, lo que concierne al poeta, aunque en él la pasión vivifique estos símbolos.»

¡Cuántos antagonismos, cuántas contradicciones, choques, tensiones y conflictos encontramos al analizar detalladamente la poesía y la vida de Aleixandre! He aquí, en seguida, el primero. ¡Un andaluz rubio! Un *dandy* sonriente y rubicundo—como dijo alguien y como se nos aparece en la foto de la Antología de Gerardo Diego, elegante, tumbado en la hierba con un libro en la mano. Alto, fornido, casi un atleta y ya entonces gravemente enfermo. Sus versos dejan percibir cómo el temor a la muerte—tanto le gustaría vivir—, le hace castañetear los dientes.

O, por ejemplo, el que Aleixandre, uno de los más modernos incluso entre los poetas modernos, edifica su propia poesía a base de elementos tan fuera del tiempo. Alberti lanza al mundo, orgulloso, el que «ha nacido con el cine». En la poesía de Aleixandre no hay ni cine, ni auto, gramófono, avión ni radio, ni siquiera la palabra electricidad la utiliza más que en una o dos ocasiones. Aparentemente, no hay casi nada que le una al siglo XX, a la época en la que escribe. Es igualmente Cernuda el que dijo acerca de él que «su lenguaje parece brotar instintivo y casi a tientas, creando una tradición más que continuándola».

Y justamente debido a que casi continuamente lucha contra la muerte por su propia existencia física, la unidad y el conflicto dialéctico de la vida y de la muerte se extiende como un hilo rojo a través de toda su poesía. «Sí, poeta: el amor y el dolor son tu reino. Carne mortal la tuya, que, arrebatada por el espíritu, arde en la noche o se

eleva en el mediodía poderoso, inmensa lengua profética que lamien-
do los cielos ilumina las palabras que dan muerte a los hombres.»

Un poeta y, por tanto, un enamorado de las palabras, pero enfren-
tándose cara a cara con Mallarmé—Aleixandre es un iconoclasta in-
clemente y tenaz—dice abiertamente: «La poesía no es una cuestión
de palabras. Ni es cuestión de fealdad o hermosura, sino de mudez
o comunicación.» Esa cuestión surge muchas veces en su arte poé-
tica: «No hay más que palabras vivas y palabras muertas, palabras
verdaderas o palabras falsas. En este sentido, la poesía es una pro-
funda verdad comunicada.» O en verso: «La palabra responde, por
el mundo.» Y «hay noches que se iluminan con la palabra humana». Para él, *la libertad es nombre humano*.

Pero, si me lo permiten, voy a continuar todavía con sus contras-
tes y contradicciones. Aleixandre dejó su carrera de abogado como
quien se desprende de unos vestidos superfluos sólo con el fin de
poder volar más libremente. También de las palabras expresadas an-
tes, sobre la vocación de poeta, se deja sentir que ese ex jurista es
un legislador disfrazado de poeta. *Un legislador de elementales leyes
humanas. «Un hijo de la espuma que bate el tranquilo espesor del
mundo firme». Como el mar.*

Su balbuceo burbujeando en el punto de ebullición es como el de
los profetas que formularon leyes, Moisés, Jeremías, Isaías, pero no
profetiza un Dios a los hombres, sino profetiza al hombre mismo. Las
leyes de la existencia humana. Una convivencia humana de nueva es-
pecie. Y por ello, y a base de ello, realmente moderna. Coloca los
cimientos de una nueva tradición.

Porque ese poeta que tantas veces es denominado como el clá-
sico del surrealismo, sobre el que Claude Couffon afirmó que «il était
le maître inconsisté du surréalisme espagnol», no pertenece, según
mi modesta opinión (descontado su breve tentativa de *Pasión de la
tierra*), a los surrealistas clásicos. Incluso entre los miembros de su
misma generación, Alberti, por ejemplo, en el tomo *Sobre los ánge-
les*, es un más castizo surrealista que Aleixandre. En esto también
vale lo dicho por Cernuda respecto a él: «Parece estar creando más
una tradición que continuándola.» Porque Aleixandre no hace otra
cosa que aplicar e integrar magistralmente en su poesía los elemen-
tos, medios y métodos del surrealismo, utilizándolos libremente y
con un absoluto dominio, como necesarios útiles para la expresión
del mensaje poético, porque le aseguran mayor terreno, mayor posi-
bilidad y mayor libertad de movimiento que las reglas de la poesía
tradicional. Un detallado examen pone en seguida de manifiesto que
la proporción entre las partes componentes del concepto hace incli-

nar la poesía de Aleixandre más hacia el *realismo* que hacia el «*sur*». La presencia del vivo cuerpo desnudo del poema irradia siempre un alto y febril calor corporal humano a través de sus atavíos poéticos elegantes o deliberadamente descuidados. Por muy libres y alejadas entre sí que sean las asociaciones en las que basa sus versos, casi nunca parecen incoherentes para el lector, y sus incoherencias parciales sirven premeditadamente un todo coherente y, más que esto, comprensible. El poema en sí es dueño absoluto e incontestable sobre los elementos poéticos de los que está compuesto. Prueba de ello es que la poesía de Aleixandre no cambia en lo más mínimo cuando abandona o deja de lado los espectaculares medios surrealistas. El lector ni se da cuenta del cambio: la poesía de Aleixandre sigue siendo lo mismo, uno y mismo, inmutable.

Al hablar de la poesía de Aleixandre surge frecuentemente la expresión: romántica. Apenas aparecido el tomo *Espadas como labios*, Dámaso Alonso expresó inmediatamente en su crítica aparecida en *Revista de Occidente*: «Estamos, pues, ante un movimiento que podemos definir como "neorromántico". Salinas, en relación con el tomo *La destrucción o el amor*, habla de una resurrección del romanticismo. Sainz de Robles opina que Aleixandre es «un turbador poeta romántico... disfrazado de existencialista». Y, hace poco, el profesor Gallego Morell manifestó, como un hecho: «Los jóvenes no se han ido tras sus versos por el neorromanticismo o el surrealismo que intermitentemente entrañan.»

Hace poco, al leer una novela de ciencia-ficción de Asimov, me detuve en un calificativo. Un sabio habitante de la Luna dice, acerca de otro sabio llegado de la Tierra, que es romántico. Asimov no explica el significado de este calificativo, pero el texto deja ver que se trata de un adjetivo que indica reprobación, condena, desdén. El sabio de la Luna quería expresar con él que su colega terrestre no se veía guiado en sus actos y pensamientos exclusivamente por factores científicos, sino también —¡qué asco!— por consideraciones de índole moral.

Dámaso Alonso, ya en los comienzos, se dio cuenta de lo mucho que de eso se trata cuando calificamos de romántica la persona y la poesía de Aleixandre. Porque en su artículo exclama con alegría: «desde aquí en adelante nadie podrá negar el humanismo de la nueva lírica».

Tal vez la frase no es completamente correcta. Porque he vuelto a traducir al español esta frase contenida en el excelente libro alemán, de Gustav Siebenmann, sobre la lírica española moderna; así, pues, es posible que Dámaso Alonso hable de lo humano, la huma-

nidad o el humanismo. Pero suene como suene esa frase en español, su esencia es la misma. El romanticismo de Vicente Aleixandre no es otra cosa que humanismo. Es decir, «funda su doctrina artística y filosófica en el hombre, en la situación y en el destino de éste en el Universo», porque es así como el diccionario define esa palabra.

Antes que un gran descubrimiento, esto parece ser un gigantesco lugar común. Una verdad archiconocida.

Porque ese humanismo no constituye una propiedad privada de Vicente Aleixandre. Restringiendo intensamente la esfera de acción de este concepto, podríamos decir que es justamente la conducta básica el lazo que une entre sí y con el mundo a los miembros de la Generación del 27.

Pero ¿es que podríamos decir que es en esto en lo que se diferencian de los poetas de otras y anteriores generaciones españolas o, en general, de cualquier otro poeta? Juan Ramón Jiménez y Ortega son, también, humanistas. ¿Y quién duda de que Góngora lo fue también, ese Góngora cuyo tricentenario constituyó una de las fuerzas de cohesión que forjó en una multifacética unidad a esa Generación del 27?

Veamos, pues. Cito a Góngora: «Deseo hacer algo, no para muchos». Y, luego, Jiménez: «¡Para la minoría siempre!» Ortega y Gasset, otro humanista, declara sin ambages en la «Deshumanización del arte»: «El arte nuevo se caracteriza por el hecho de que divide al público en dos clases: en los que lo entienden y en los que no lo entienden. Esto es, que una parte de ellos dispone de un órgano receptor que en la otra ha fracasado evidentemente, es decir, que se trata de dos variantes del género humano.»

Como si entre ellos prosiguiera un diálogo, responde Jorge Guillén en su nombre y en el de toda su generación: «Nada de minoría melifluamente inmensa o minúscula. Esto habría implicado "putrefacción"», según nuestro lenguaje. La obra se mueve por sí misma hacia la posible hospitalidad, y no dibuja de antemano límites en grande o en pequeño. ¿Minoría, mayoría? Falsos problemas para quien está queriendo expresarse con la pluma en la mano: actitud de hombre que no existe sino con otros hombres. No hay soledad que no sea social. «Pour qui écrit-on?», pregunta Sartre. «Para ti, lector», contesta Jean Cassou.

Y como si, por un tácito acuerdo, retomase la palabra Aleixandre para continuar lo antedicho: «Con su existencia, el poeta llama a comunicación, y su punto de efusión establece una comunidad humana. Porque no existe el poeta "solitario": la poesía supone por lo menos dos hombres. Y este segundo —el lector— puede simbolizar